

LA JUGLARSA

MARÍA LÓPEZ VILLARQUIDE


ESPASA

MARÍA LÓPEZ VILLARQUIDE

LA JUGLARESA

*Ilustraciones
de la autora*



ESPASA  NARRATIVA

© María López Villarquide, 2021
Por las ilustraciones y las letras capitulares,
© María López Villarquide, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.199-2021
ISBN: 978-84-670-5918-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1244

DE CUANDO FUI NIÑA





Recuerdo que hacía un año que padre y madre habían muerto; fue entonces cuando escapé de mi casa y prometí no regresar jamás.

Sé que cayeron desde el carronato que los conducía a nuestro hogar, que regresaban de un viaje que los había llevado hasta alguna comarca hacia el norte, allí donde la costa es escarpada y se precipita frente a un mar peligroso al que hay que temer. Solo el lacayo al mando de los dos caballos había logrado sobrevivir aferrándose a las raíces de un árbol que asomaba en la orilla, él fue quien nos contó lo sucedido. Los cuerpos habían sido arrastrados por la corriente hasta perderse en el agua estancada de la ría y ya nunca habíamos vuelto a verlos. A padre y madre se los tragó el agua brava del río que surca los terrenos sembrados de mi pueblo, una mañana de primavera, o quizás fuera verano, no puedo asegurarlo.

Nací en un pueblo en donde el sol se esconde a menudo y no comparte con los aldeanos las bondades de su luz y su calor. En Galicia vivimos contra el viento y

contra la lluvia rabiosa, por eso cuando la primavera arranca y el cielo se abre para dejar ver pedacitos sin nubes ni amenaza de borrasca es de rigor estar feliz.

Pero nosotros no podíamos.

El *pexegueiro* del camino viejo ya coloreaba sus frutos y los dejaba caer al suelo. Melocotones magullados y picados por los pájaros se esparcían en hilera en la zona cercana a nuestra casa, «el *pazo* de los Pérez». Hacía calor y con las altas temperaturas la fruta maduraba, caía al suelo y allí se quedaba. Padre y madre habían muerto y por eso nadie se había parado a observar los trozos de fruta madura de color naranja que desprendían un olor dulzón cuando aún se conservaban frescos y agrio en cuanto se mezclaban con la tierra y los insectos a los pies de los árboles. Nos habíamos quedado solos.

Una tragedia, eso habían dicho, una auténtica desgracia para mí y para mi hermano Martín. Él, con quince años recién cumplidos, sintiéndose mayor y responsable, asumía el cuidado de su hermanita y las tareas de mando y organización del *pazo* y las propiedades. Éramos ricos o, por lo menos, en aquel tiempo no nos faltaban dineros ni tierras que dar para su trabajo a las gentes que sabían aprovecharlas para nosotros, los siervos, los criados. Mi padre había sido el más reputado alfayate hasta donde la vista podía alcanzar más allá del cerro del *pino torto*. Sus paños para el abrigo y las confecciones en manteles y cortinajes siempre se nos encargaban a los Pérez porque trabajá-

bamos con estambre de la mejor calidad, decían. Venían de todos los puntos del reino a comprarnos varas de tela y el negocio había funcionado desde siempre. Martín dijo que él se encargaría de mantener aquello, que nada iba a cambiar, que él era mi hermano mayor y sabría cómo hacerlo. Yo, que tenía ocho años y me estremecía cuando con sus brazos largos me cubría el hombro y me besaba en la cabeza, justo en la coronilla, allí donde a los niños *pequerrechos* les dicen la «fontanela», que cuando nacen es blanda y frágil porque aún no se han cerrado los huesos del todo, le creí.

—Cuidaré de ti, y todo seguirá como siempre —me aseguró.

Pero nada volvió a ser igual.

Al principio, Martín se preocupaba por que nada me faltara: cuidaba de sumar lo que se ganaba y rendía cuentas a los campesinos con buena voluntad y firmeza. Lo había aprendido sin esfuerzo, era de esas personas que pronto asumen su estamento y posición de poder respecto a los demás; a mí, en cambio, dar órdenes me resultaba incómodo, un gesto extraño para el que no sentía el menor interés. Él tenía disposición natural para el gobierno, yo no. Martín hablaba a los vasallos con seguridad y aplomo:

—Pronto, venid con los caballos. Quiero que entreguéis esta mercancía a lo largo de la jornada y que antes del atardecer estén de vuelta las bestias en el establo.

Y le obedecían. «Hay que ver el amo qué entero a pesar de lo que han tenido que sufrir», murmuraban, y él, orgulloso, se crecía en su mandato y coordinaba a todos para que las cosas continuasen por el mismo camino que había transcurrido. Él quería creer que eso era posible y hacía denodados esfuerzos por convencerme también a mí de lo bien que irían las cosas.

Mientras tanto, yo me entretenía con lo que podía.

Husmear entre fogones y acompañar a la cocinera en sus tareas a veces era interesante; recorrer los jardines en busca de malas hierbas y flores que aprovechar para los cocimientos y las salsas se convirtió una afición para mí.

—Consígueme unas piezas de membrillo, María. Podremos hacer confite para mañana al mediodía si te apresuras y me traes unas cuantas.

¡Qué delicia la compota de pero membrillero mezclado con canela y quién sabe qué otros mágicos ingredientes que añadía la cocinera! Pero por más que yo comiera cucharadas infinitas de aquel dulce no engordaba y tampoco crecía. Mis huesos diminutos componían con mi cuerpo una figura frágil y delicada que a todos preocupaba. «*A nena vai leva-lo enganido*», me decían, convencidos de que el mal se había cebado con la familia también a costa de mi cuerpecillo desnutrido. Nuestra cocinera se esmeraba en alimentarme y también en hacerme partícipe de las actividades cotidianas, imagino que por compasión, porque no se

figuraba ella que estar sola y esconderme podía ser algo que yo disfrutase.

A mis ocho años, la única persona que me cuidaba era mi hermano mayor. Durante semanas, tras haber quedado huérfanos, me escondí de los vecinos, asustada porque no entendía por qué todos venían a interesarse por nosotros si nunca había sido así cuando padre y madre vivían.

Yo, que soy persona discreta, oía a Martín atendiendo a las visitas o dando indicaciones a los miembros del servicio y esperaba resguardada en un rincón de la estancia, haciendo lo posible por no destacar entre ellos. Aquello no era para mí, no quería mandar sobre nadie y se notaba, conmigo no se amedrentaban e ignoraban mi presencia mientras trabajaban. «*A nena*» me decían, que iba de acá para allá sin decir palabra, que pasaba las horas escondida, sin más compañía que la de las sombras titilantes de las velas que yo misma prendía durante la noche o las aves curiosas que se posaban cerca de mi escondrijo si era de día. Eran aquellos mis momentos preferidos, los ratos que pasaba bailando sin descanso.

Bailaba para perderme en mis pensamientos. Me movía silenciosa allí donde sabía que solo los animales curiosos podrían rastrearne. Aprendí a convertir aquellas danzas en mi único refugio ya que poco podía hacer por ayudar a mi hermano Martín.

Mi hermano era tan solo un chiquillo para gobernar una hacienda. Hasta entonces había sido nuestro

padre, Juan de Guimaráns, quien había dado nombre al negocio y rostro a las relaciones con los compradores, así que después de su muerte, los clientes se extrañaban de ver a un joven tan resuelto a la hora de gestionar las entradas y salidas de la producción de telas.

—No hay necesidad de que carguéis vos con las responsabilidades de la casa, Martín. Tenéis dinero para pagar a alguien que se ocupe de ello.

Eran consejos de desconocidos, de gente que había tramado relaciones con nuestros padres, pero no con nosotros, que llegaban ahora como caídos del cielo; mi hermano, valiente y determinado, se empeñaba en ignorarlos. Sospechaba que escondían intereses ocultos y no se fiaba de nadie.

Se nos echaban encima las aves carroñeras. Buscaban una parte del pastel de nuestras *heredades*, que eran muchas y muy preciosas.

—Agradezco vuestra ayuda, pero no es tanto el trabajo que hay que hacer en el negocio. Durante años he aprendido el oficio de mi padre y no siento la necesidad de delegar en nadie más. —Y de nuevo sus brazos largos me cubrían como las alas de las gallinas cuando recogen a sus polluelos y les dan calor y protección—. María y yo estaremos bien.

Al oírle no tenían más remedio que darse la vuelta y regresar por donde habían venido.

Estaba orgullosa de mi hermano, pero sus ocupaciones le impedían dedicarme tiempo a mí, por lo que

poco a poco fui buscando la manera de alternar aquellos momentos de soledad y baile con otros en los que explorar la zona y entretenerme. Así fue como conocí a Beltrán.

Tenía más años que un bosque de *castiñeiros* y tocaba la viola a las afueras de Betanzos. Acostumbraba a sentarse tras un repecho del camino que se abría hacia dos bifurcaciones y que algunos aprovechaban para detener sus recorridos y descansar. Lo descubrí una tarde en la que había dejado que mis pasos me guiaran sin rumbo hacia otras casas, otras familias, otros vecinos menos curiosos de nuestras inquietudes. Lo primero que me llamó la atención fue la hermosa canción que interpretaba; lo segundo, que era ciego.

—¿Esa música que tocáis la habéis inventado vos o es prestada de otro artista, señor?

Nunca antes me había dirigido a una persona que no pudiera volver la mirada cuando yo le hablaba, así que me pareció incómodo notar sus ojos ausentes, entrecerrados y muy quietos mientras respondía a mi pregunta:

—¡Por supuesto que es una pieza mía, pequeña! ¿Cómo te atreves a ponerlo en duda?

Un par de titiriteros que compartían el almuerzo sobre unas piedras cercanas comenzaron a reírse ante la situación. Me avergoncé de inmediato y le pedí disculpas al violinista.

—Lo siento, no quería ofenderos, pero es que me ha gustado mucho lo que tocáis. —En realidad, desea-

ba saber si había aprendido a interpretar y componer antes de haber perdido la vista o si, en el caso de ser ciego de nacimiento, contaba con una destreza admirable que yo no alcanzaba a imaginar, pero no tuve el arrojo de preguntarlo.

—Agradezco, en cualquier caso, que te guste mi música. Si dispones de una moneda la aceptaré encantado.

Claro, aquel era el motivo de tan bonito acompañamiento musical: sacar algo de dinero. Me costaba comprenderlo. Yo estaba acostumbrada a tenerlo todo, nunca había tenido la necesidad de pagar nada, así que, avergonzada, tuve que excusarme por no llevar dinero encima.

—De modo que eres una joven noble que no dispone de monedas pero disfruta de mis composiciones. ¡En ese caso, hazte a un lado y deja que continúe ganándome la vida de la única forma que puedo!

Su rostro se había enrojecido y por las comisuras de sus labios se formaron cúmulos de saliva; tenía un aspecto aterrador y me asustó mucho, tanto que rompí a llorar y me fui de allí corriendo. ¿Cómo podía haber sido tan torpe?

Ya de regreso en mi casa la musiquilla del ciego no me abandonaba, se había alojado en mi cabeza y no podía evitar tararearla. Sin querer, con unos pasos acompañé la melodía y antes de que me diera cuenta, resultó que yo misma había improvisado una danza que encajaba perfectamente con la composición del

anciano gruñón; entonces tuve una idea. Martín me sorprendió en el pasillo, haciendo filigranas con los brazos y cantando la sonata del ciego.

—¡Qué maravilla, hermana! ¿Se puede saber quién te ha enseñado a moverte así? —Y tras decir aquello me alzó y me llevó en volandas hasta el otro extremo de la casa—. ¡Pero si también sabes volar! Eres un hada, María. ¡Mi hermana es un espíritu del aire y yo no me había dado cuenta!

—¡Parad! Me hacéis cosquillas. —Yo pataleaba y me reía. Mi hermano era la persona a quien yo más podía querer en el mundo y era lo único que tenía, pero no quise contarle lo de Beltrán. Preferí mantenerlo en secreto.

A la mañana siguiente me dirigí al arcón en donde había visto a Martín meter el dinero después de contarle cada noche antes de acostarse y me guardé una pequeña cantidad bajo el vestido. Aunque había tomado lecciones para aprender a leer y escribir, no tenía ni idea de cuánto podían valer aquellas monedas, así que escogí las que más brillaban y me fui con ellas al repecho de las afueras esperando que el ciego se aposentara en el mismo lugar.

Tuve suerte y antes de llegar ya se escuchaba la viola vibrante y aterciopelada que interpretaba otra dulce canción. Al acercarme pude comprobar que había más gente alrededor del viejo, lo cual me intimidó un poco para seguir adelante con el plan trazado, pero aun así, continué. En cuanto cesó la primera de

las canciones comenzaron a aplaudirle y a lanzarle monedas; aproveché que se agachaba a recoger su bolsa para acercarme y darle las mías, confiada de que me reconocería por la voz:

—Os debo una disculpa, señor. He traído algo de dinero para compensaros y agradeceros la música de ayer. Estuve todo el día con ella en la cabeza y no puedo negarlo, ¡es preciosa!

El viejo ladeó la cabeza y sonrió reconociendo a la niña del día anterior.

—¡Vaya joven dama de palabra! No contaba con tu aportación a la causa de mi manutención. Te lo agradezco.

Entonces le entregué las monedas. El viejo cerró el puño y me agarró la mano para posarla sobre la suya y darme un par de palmadas:

—Eres una buena persona, pequeña.

Sonreí aliviada y entonces comenzó a tocar la melodía que tanto me había gustado.

—Se la dedico a la muchacha más sensible que ha asistido al concierto hasta la fecha —dijo, y en cuanto tocó las primeras notas no pude evitar moverme con la danza que había practicado y ahora dedicaban para mí.

El público me hizo un hueco para permitirme el paso; por un momento tuve la sensación de que todas aquellas personas se fijaban en mí. ¡Yo, que tanto disfrutaba de mis bailes en soledad! Y sin embargo, me dejé llevar llena de energía.

El viejo debió de notar que algo extraño sucedía porque, al contrario que en otras ocasiones, esta vez había palmas que acompañaban a su música: era yo que con mis menudas caderas de niña y mis dedos agitándose al viento animaba a los asistentes a marcar las notas al ritmo de su melodía.

Al terminar volvieron a aplaudir y a lanzarle dinero. No podía creer aquella reacción y el ciego tampoco.

—¡Bravo! Una joven danzarina es sin duda el mejor acompañamiento que podíais tener, Beltrán. ¡Felicidades! —gritó uno de los asistentes.

Ojalá el pobre ciego hubiera podido verme en aquel momento. Fue el primer paso para que Beltrán y yo nos hiciéramos amigos.

Con el discurrir de las jornadas nos fuimos ganando a un público más o menos fijo. Él variaba su repertorio de canciones y a cada una yo incorporaba nuevos pasos, cabriolas, saltos e incluso volteretas que hacían las delicias de los asistentes. Formamos un conjunto al que las gentes que ocasionalmente pasaban por el camino aplaudían con admiración y sorpresa, y yo no podía sentirme mejor. Me alegraba saber que si hacía aquello que tanto disfrutaba, ayudaría a Beltrán a ganarse un dinero. Él, no obstante, insistía en compartirlo conmigo:

—Mereces una parte, muchacha. Son monedas que has ganado tú, no heredadas de nadie, son fruto de tu trabajo y debes aprender a administrarlas porque en algún momento las necesitarás.

Así que yo me guardaba mi parte en un pequeño zurrón que escondía bajo la falda y soñaba curiosa con ese momento en el cual tuviera que necesitarlo, como me decía Beltrán. Pensaba que aquello podría ser una aventura emocionante y disfrutaba del hecho de dedicarme a un oficio de mala fama a ojos de mi hermano.

Pero entonces comenzaron nuestros problemas.

Beltrán murió a los pocos meses de haberse iniciado nuestro espectáculo. El pobre viejo debió de sufrir algún tipo de ataque o convulsión y allí se quedó, en mitad del repecho.

Encontré su cuerpo sin vida tendido boca abajo y todavía aferrado a la viola. Una horda de curiosos se agolpaba alrededor y todo parecía indicar que unos maleantes le habían robado la bolsa con el dinero y la poca comida que llevaba encima; a mí ya solo me quedaba lamentar su muerte y sollozar sobre los restos de mi pobre amigo.

Tomé su cinto, un viejo bálteo algo grande para mi cintura pero con hermosos colores en el cierre que quise que me acompañara para no olvidarlo.

Un muchacho se acercó a mí y preguntó curioso:

—¿El instrumento no lo quieres? —Soltó con cuidado los dedos agarrotados de Beltrán de su querida viola y me la acercó—. Si estos no han querido llevársela es porque nadie sabe cómo se usa este pedazo de madera. Ya que te haces con el cinturón, toma esto también. Él hubiera querido que lo conservaras, estoy seguro.

Pensé que estaría en lo cierto, así que agarré la viola y me marché de allí con las prendas del pobre músico. A lo lejos pude ver cómo se llevaban el cuerpo de mi amigo y no quise mirar por no descubrir cómo se desharían de él.

Regresé a mi casa y evité encontrarme con mi hermano para no tener que explicarle lo sucedido.

Pasé unos días destrozada, llorando por la pérdida de aquel pobre hombre y de su música. ¡Ya nunca volvería a escuchar aquella melodía! Observé la viola de Beltrán allí delante de mí, apoyada contra el muro de mi dormitorio. Estaba cuidadosamente tallada con relieves en el cordal de color claro igual que el clavijero, y la madera de los bordes era oscura, rojiza. Un instrumento precioso, sí, pero ¿de qué me servía ahora si no sabía cómo hacerlo sonar?

Me lo llevaba conmigo en mis ratos de abandono a la danza, que comenzó a hacerse silenciosa. Apoyaba la viola con el arco contra un muro y me movía al compás de las músicas que jamás sonaban más allá de mi cabeza. Llegué a acostumbrarme a la presencia de las hijas de los campesinos de la zona y no me importaba que Clara, una joven discreta cuya familia procedía de Armeá y que nos ayudaba con el ganado, se entretuviera conmigo; a veces Clara se unía a mis danzas. Con ella quizás yo pasara algunas de las tardes más felices de aquella época, cuando venía a verme a la parcela que se abría delante del santuario de Tiobre. Era aquel un espacio de hierba, matojos, algu-

nas piedras y lo que tímidamente podía considerarse el inicio del bosque que se alzaba ante la iglesia a pocos metros de distancia de la entrada. Allí se nos iban las tardes inventando nuevas danzas.

—¡Lo tengo! Ven conmigo y te mostraré los primeros pasos, son muy sencillos. Solo tienes que posar con la pierna como si quisieras saltar un charco. —Yo me levantaba la saya con desparpajo y cambiaba de peso entre un pie y otro para enseñar a mi amiga el nuevo movimiento que acaba de descubrir—. Y ¡ya está! Cuando regresas al pie derecho otra vez, recibes el otro brazo agarrando la tela del vestido y saludas a tu acompañante. Es muy fácil. Ven, ¡repite conmigo!

Habíamos visto tantas veces en las fiestas del pueblo a hombres y mujeres cogidos de los brazos en bailes de parejas que el simple hecho de imitarlos no suponía ningún problema. Yo aprendía los pasos y Clara me seguía. Pero mi talle era tan fino entonces que cuando bailábamos juntas era yo quien podía moverme con el ritmo delicado y cadencioso de una dama porque Clara, aunque solo me superaba en tres años, era mucho más alta y regordeta, y debía ser ella quien hiciera de hombre para soportar mi peso en los momentos de apoyo.

Un día mi amiga me descubrió un detalle en el que nunca antes habíamos reparado:

—Aquí delante siempre pienso que nos podrían llamar la atención. Las danzas están prohibidas, María.

—Clara, con talante cauto y previsor, aunque atendía a mis indicaciones, no quitaba un ojo de la puerta de la iglesia—. Dicen que es un dragón... ¿te habías fijado?

Me volví hacia el ábside y observé con cuidado la figura esculpida en piedra: se trataba de una bestia extraña que sostenía una espada.

—Bueno, ¡qué importa lo que cuenten las piedras! Esos monstruos no se mueven. Tú aprende este baile, que en la próxima fiesta estaremos allí para celebrar como es debido.

Pero, indiferentes a aquellas representaciones demoníacas, las dos bailábamos, reíamos, saltábamos entre el pie derecho y el doble giro con el brazo agitando la falda, sin sospechar que quizás alguien más estuviera asistiendo al espectáculo sin haber sido invitado.

Y si me dejo llevar por fabulaciones y leyendas tal vez debería decir que esos animales petrificados de la iglesia, molestos por la profanación del terreno sacro, habían querido tomar venganza ante nuestro desafío a las buenas normas de conducta; quizás fueron ellos quienes intercedieron con fuerzas misteriosas y favorecieron la repentina aparición del padre Payo justo en el momento en que yo tomaba a Clara de la mano para simular una reverencia.

Era un hombre grande, robusto, de espaldas anchas como el tronco de un *carballo*, que respiraba con dificultad y arrastraba una tos permanente; tenía dedos

largos igual que ramas crujientes y solía acariciar con ellos su mentón antes de decir algo. Miembro de la orden cisterciense de los del monasterio de Monfero, no lejos de nuestra casa, la tragedia por la pérdida de mis padres lo había vuelto especialmente atento a nuestras necesidades y no pasaban más de tres o cuatro días sin que mi hermano y yo tuviéramos noticias de él: que si queríamos que alguien nos ayudara en las tareas del servicio, que si estábamos bien abastecidos, que ojo con las crecidas del río, que en el monasterio les sobraba espacio... Mi hermano se empeñaba en alejarlo pero él insistía.

—Dejaos, padre. No hace falta que os preocupéis por nosotros, que bien sabemos llevar las riendas de todo esto. —Martín teñía de cortesía unas palabras cansadas por la constante presencia del clérigo en nuestros lares—. Id a pasear con mi hermana, si os place, que hace rato que la busco; si dais con ella, decidle de mi parte que venga a ayudarme con la división de la cosecha.

Unas veces con excusa y otras sin ella, el padre Payo me buscaba en los recovecos del jardín o del otro lado de la tapia que separaba nuestra casa de la granja vecina; casi siempre me hallaba en mitad de mis danzas, unas veces sola y otras acompañada de Clara, algo que me llenaba de sonrojo y hacía que nos quedáramos quietas inmediatamente. Así sucedió aquella mañana ante la iglesia. El padre Payo había comenzado a toser y nos sobresaltamos, dejamos de bailar.

—Por favor, ¡no lo hagáis por mí! —gritó—. Sería una lástima interrumpir tan bonitos movimientos juveniles al ritmo de una música que mucho me temo que, o no existe, o mi sordera es ya tan profunda que no la oigo.

—Lo lamento, padre —respondí, hecha un manojo de nervios—, sé que no está bien que bailemos y por eso lo hacemos en silencio.

Clara, asustada por la intimidante figura del clérigo, había enmudecido y tuve que ser yo quien hablara por las dos.

Según contaban, solo el maligno podía jactarse de arrastrar con sus garras al movimiento. La música, gran aliada de los pecadores, exaltaba los sentidos y alborotaba la moral de bailarines y vividores. No, no estaba bien que nosotras bailáramos, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? ¿Cómo si no iba a aliviar yo mis penas y mi soledad?

—Si confesáis vuestros pecados con la misma premura que reconocéis que la danza no es buena práctica, estoy seguro de que el Santísimo no lo tendrá en cuenta. —El clérigo nos bendijo con los dedos de su mano derecha y luego a mí me besó, apartando unas gotas de sudor de mi frente—. Fingiremos que nada ha pasado, que no has bailado nunca para ganar unas monedas más allá del pueblo vecino y nada habrá pasado, ¿de acuerdo, María?

Las dos nos miramos aterradas y Clara se tapó la boca para no gritar del susto. No sabíamos cómo, pero

me había descubierto. Su tono de voz amenazante dio a entender que podía utilizar aquella información para hacerme caer en desgracia ante mi hermano y hundir la honra de mi familia definitivamente si en el pueblo llegaban a saberlo.

—Yo... Yo solo bailaba por ayudarlo a él, padre. Era un buen hombre y necesitaba el dinero —me defendí como pude, aunque sabía que de nada servirían mis tartamudeos ante un monje de los de la orden cisterciense.

Eran los dueños de todo y había que estar de acuerdo con ellos fueran cuales fueran las circunstancias. Al padre Payo había que darle la razón. Las ramas de sus dedos iban directas a acariciar mi pelo o el hueco de mis hombros y cualquier excusa era buena para acercarse a mi piel y perdonarme el baile.

Después de aquel encuentro, mi amiga Clara no volvió a presentarse en nuestro rincón para bailar conmigo.

Pensé que mis momentos de confianza con la danza se habían perdido para siempre: era el padre Payo quien, sin embargo, sí que se sentaba y me observaba y yo dejaba que lo hiciera so pena de ir directo a contarle todo a mi hermano.

Por su parte, Martín también sufrió la influencia del monje.

En el trabajo diario, mi hermano no tuvo más remedio que aprender a delegar poco a poco en ciertos vasallos que pretendían ser tan precisos como él en

los cálculos; a ellos confiaba parte de la gestión de la casa porque conmigo se había rendido. Tenía reuniones cada vez más frecuentes con el padre Payo y bien sé que de aquellos encuentros surgió la primera invitación a probar el zumo de los viñedos de los monjes.

—Vuestro padre cerraba tratos llenando las copas con este vino, Martín —explicaba el padre Payo—. No lo olvidéis, es el mejor y una herramienta infalible para terminar de convencer a vuestros compradores.

Dicho aquello, le servía otro poco, hasta que las mejillas le brillaban y, conducido por el mareo, en lo único en lo que mi hermano comenzaba a pensar era echarse un rato y descansar, olvidarse de sus obligaciones.

—Ciertamente exquisito, padre. —Y Martín le daba otro sorbo a su vaso—. Lleváis razón en esto.

—¡Y en tantas otras cosas! Sois tan joven que aún no os habéis dado cuenta. —El clérigo se acariciaba el mentón, observaba a mi hermano que, rendido, se recostaba en su asiento—. Recordad que tendréis siempre a vuestra disposición las tinajas que deseéis y en casa no os faltarán botellas para poder degustarlo a diario, yo mismo me encargaré de servirlo como corresponde: nada más exquisito que este vino delicioso a tibia temperatura pero debéis consentir la cesión de ciertos bienes, Martín. La comunidad había tratado el asunto con vuestro padre y sería una lástima dejar a medias una relación tan próspera, ¿no os parece? Ahora sois el responsable y debéis tomar decisiones.